

cente muger enamorada y divertida, como que era de buen corazon.

Aplazado el dia de su entrada en aquel pequeño monasterio, nos dijo: sobrino, señores, vengan vds. á ver mi casita, y que venga mi novicia á ver si le gusta el convento.

Condescendimos con la reverenda, y á mi esposa le agradó mucho la limpieza y curiosidad de la casa, particularmente los cristales, pajaritos y macetas.

En esto se pasó la tarde, y nos despedimos, saliendo mi muger prendadísima de la señora.

Nosotros nos quedamos en el meson y el marqués se fué á su casa. En los seis dias siguientes recibí la memoria, solí cité mulas, y dejé listo mi viage; pero en todo este tiempo no se descuidó mi protector en obsequiar y pasear á mi esposa, porque decia, que era menester divertir á la nueva monja.

Es verdad que yo mirando el extremo del marqués con ella no dejaba de mosquearme un poco; pero como tenia tanta satisfaccion en el amor y buena conducta de mi esposa, no tuve embarazo para comunicarla mis temores: á lo que ella me contestó, que los depusiera, lo uno porque me amaba mucho y no seria capaz de ofenderme por todo el oro del mundo; y lo otro, porque el marqués era el hombre mas caballero que habia conocido, pues aun cuando salia con mi permiso con él y una criada en su coche jamás se habia tomado la mas mínima licencia, sino que siempre la trataba con decoro. Con esta seguridad me tranquilicé, y ya traté de salir de esta capital á mi destino.

Díjele un dia al marqués como todo estaba corriente, y él, que no deseaba otra cosa que verse libre de mí, me dijo que á la tarde vendria para llevarme á casa de su deuda, y yo podria salir la mañana siguiente.

Mi esposa me suplicó le dejase al mozo Domingo para tener un criado de confianza á quien mandar si se le ofrecia alguna cosa. Yo accedí á su gusto sin demora, y el marqués no pu-

so embarazo en ello; antes dijo: mejor, se le dará un cuarto abajo á Domingo, y les podrá servir de portero y compañía.

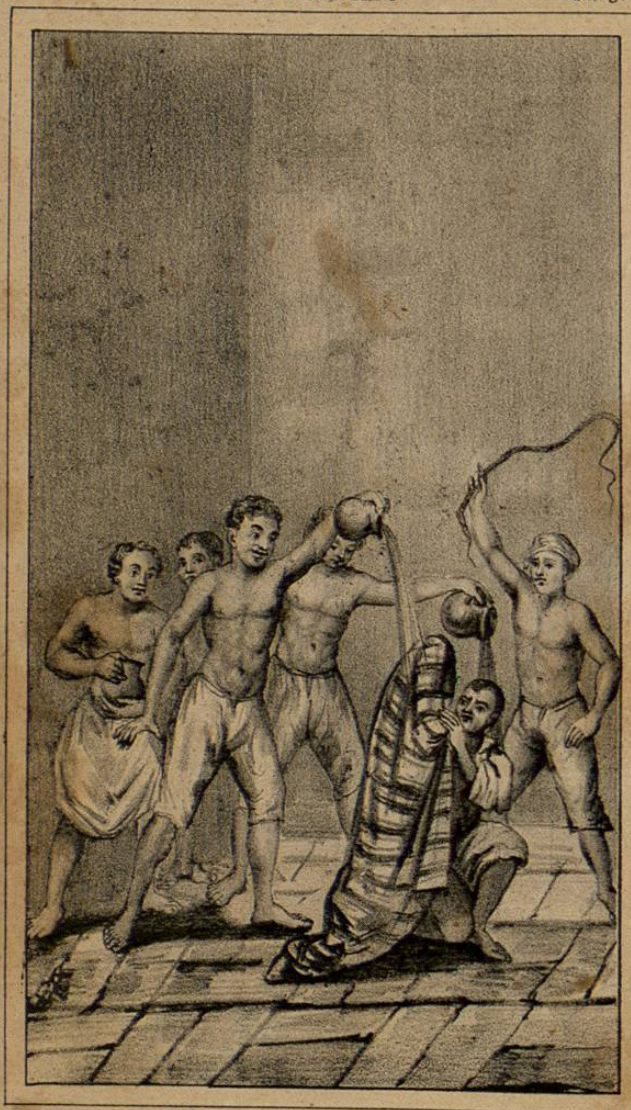
Mientras que el marqués se fué á comer, compuse el baúl de mi esposa, dejándola mil pesos en oro y plata, por si se le ofreciera algo.

Cuando el marqués vino no habia mas que hacer que la llevada de mi esposa, cuya separacion le costó, como era regular, muchas lágrimas; pero al fin se quedó, y yo marché en la misma tarde á dormir fuera de garita.

Aquí llegaba D. Antonio, cuando uno de los reglamentos de la cárcel volvió á interrumpir su conversacion.

CAPITULO

Cuenta Periquillo la



do, y yo que no tenia petate ni cosa que lo valiera, viendo la irremediable, doblé mi zarape haciendo de él colchon y cubierta, y de mi sombrero almohada.

Habiéndose acostado mis concubicularios, comenzaron á burlarse de mí con espacio diciéndome: ¡conque amigo, tambien vd. ha caido en esta ratonera por *cucharero*? ¡Buena cosa! ¡Conque tambien los señores españoles son ladrones? Y luego dicen que eso de robar se queda para la gente ruin.

No te canses, Chepe, decia otro; para eso todos son unos, los blancos y los prietos; cada uno mete la uña muy bien cuando puede. Lo que tiene es que yo y tú robarémos un rebobo, un capote, ó alguna cosa así; pero estos cuando roban, roban de á gordo.

Y cómo que es ansina, decia otro; yo apuesto á que mi camarada lo menos que se jurtó, fueron doscientos ó quinientos: y ¡á que compone, eh? ¡á que compone?

Así, y á cual peor, se fueron produciendo todos contra mí, que al principio procuraba disculparme; mas mirando que ellos se burlaban mas de mis disculpas, hube de callar, y encogiéndome en mi zarape al tiempo que se acabó la velita, hice que me dormí, con cuya diligencia se sosegó per un buen rato el habladero, de suerte que yo pensé que se habian dormido.

Pero cuando estaba en lo mejor de mi engaño, he aquí que comienzan á disparar sobre mí unos jarritos con orines; pero tantos, tan llenos y con tan buen tino, que en menos que lo cuento, ya estaba yo hecho una sopa de meados, descalabrado y dado á Júdas.

Entonces sí perdí la paciencia, y comencé á hartarlos á desvergüenzas; mas ellos en vez de contenerse ni enojarse, empezaron de nuevo su diversion hartándome á cuartazos con no se qué, porque yo que sentí los azotes, no ví á otro dia las disciplinas.

Finalmente, hartos de reirse y maltratarme, se acostaron, y

yo me quedé en cuclillas junto á la puerta, desnudo y sin poderme acostar, porque mi zarape estaba empapado, y mi camisa tambien.

¡Válgame Dios! y qué acongojado no sentí mi espíritu aquella noche al advertirme en una cárcel, enjuiciado por ladron, pobre, sin ningun valimiento, entre aquella canalla, y sin esperanza de descansar siquiera con dormir, por las razones que he referido; mas al fin, como el sueño es valiente, hubo de rendirme, y poco á poco me quedé dormido, aunque con sobresalto, junto á la puerta, y apenas habia comenzado á dormir, cuando saltó una rata sobre mí, pero tan grande, que en su peso á mí se me representó gato de tienda; ello es que fué bastante para despertarme, llenarme de temor y quitarme el sueño; pues aun creia que los diablos y los muertos no tenian mas que hacer de noche que andar espantando á los dormidos. Lo cierto del caso fué, que ya no pude dormir en toda la noche, acosado del miedo, de la calor, de las chinches que me cercaban en ejércitos, de los desaforados ronquidos de aquellos pícaros, y de los malditos efluvios que exhalaban sus groseros cuerpos, juntos con otras cosas que no son para tomadas en boca, pues aquel sótano era sala, recámara, asistencia, cocina, comunes, comedor y todo junto. ¡Cuántas veces no me acordé de las ingratas noches que pasé en el *arrastraderito* de Enero!

Al fin quiso Dios echar su luz al mundo, y yo que fuí el primero que la ví, comencé á reconocer mis bienes que estaban todavia medio mojados, por mas que los habia exprimido; ya se ve, tal fué el aguacero de orines que sufrieron; pero por último me vestí la camisa y calzoncillos, y trabajo me costó para ponerme los calzones, porque mis amados compañeros creyendo que los botones eran de plata, no se descuidaron en quitárselos.

A las seis de la mañana vinieron á abrir la puerta, y yo fuí

Me levanté harto de sueño, pero necesitado del estómago, cuya necesidad satisface á espensas del piadoso preso, quien luego que se concluyó nuestra mesa frugal, me dijo: amigo, créere que á pesar de los trabajos que ha sufrido vd. aun le habrá quedado gana de acabar de saber el origen de los míos. Yo le dije que sí, porque á la verdad, su plática era un suave bálsamo que curaba mi espíritu afligido, y D. Antonio continuó el hilo de su historia de esta suerte.

„Me acuerdo, dijo, que quedamos en que salí de esta ciudad con mis mulas y arrieros, quedándose en ella mi esposa en casa de la tia vieja, sin mas compañía de su parte que el mozo Domingo.

Quisiera no acordarme de lo que sigue, porque sin embargo del tiempo que ha pasado, aun sienten dolor al tocarlas las llagas de mis agravios, que ya se van cicatrizando; mas es preciso no dejar á vd. en duda del fin de mi historia, tanto porque se consuele al ver que yo sin culpa he pasado mayores trabajos, cuanto porque aprenda á conocer el mundo y sus ardidés.

Nada particular ocurre que decirle á vd. tocante á mí; porque nada tiene de particular el viage de un viandante, ni su residencia en el parage de su destino: á lo menos yo caminé y llegué al mio sin novedad, mientras que á mi honrada esposa se le preparaba la mas terrible tempestad.

Luego que el pícaro del marqués.... perdoneme este epíteto indecoroso, ya que yo le perdono los agravios que me ha hecho. Luego, pues, que conoció que ya yo me habia alejado de México, trató de descubrir sus pérfidas intenciones.

Comenzó á frecuentar á todas horas la casa de la vieja, que no tenia ni la virtud que aparentaba, ni el parentesco que decia, y no era otra cosa que una alcahueta refinada, y con semejante auxilio, considere vd. lo fácil que le pareceria la conquista del corazon de mi muger; pero se engañó de medio á medio; porque cuando las mugeres son honradas, cuando aman

verdaderamente á sus maridos y están penetradas de la sólida virtud, son mas inexpugnables que una roca.

Tal fué esta heroína de la fidelidad conyugal. Las astucias del marqués, sus dádivas, sus alhagos, sus respetos, sus seducciones, sus promesas y aun sus amenazas, juntas con las repetidas y vehementes diligencias de la maldita vieja, fueron inútiles. Con todas ellas no sacaba el marqués mas jugo de mi esposa, que el que puede dar un pedernal; y ya desesperado, advirtiendo por tan repetidas experiencias que aquel co. rason no era de los que él estaba hecho á conquistar, sino que necesitaba de armas mas ventajosas, se determinó á usar de ellas, y á satisfacer su apetito á pura fuerza.

Con esta resolucion, una noche determinó quedarse en casa para poner en práctica sus inicuos proyectos; pero apenas lo advirtió mi fiel esposa, cuando con el mayor disimulo, aprovechando un descuido, bajó al patio al cuarto de Domingo, y le dijo: el marqués dias ha que me enamora: esta noche parece que se quiere quedar acá, sin duda con malas intenciones: la puerta del zaguan está cerrada: no puedo salirme, aunque quisiera: mi honor y el de tu amo está en peligro: no tengo de quien valerme, ni quien me libre del riesgo que me amenaza, mas que tú. En tí confio, Domingo. Si eres hombre de bien y estimas á tus amos, hoy es el tiempo en que lo acredites.

El pobre Domingo todo turbado la dijo: y bien, señora: dígame su merced, qué quiere que haga, que yo le prometo el hacer cuanto me mande.

Pues hijo, le dijo mi esposa: yo lo que quiero es, que te ocultes en mi recámara, y que si el marqués se desmandare, como lo temo, me defiendas, suceda lo que sucediere.

Pues no tenga su merced cuidado. Váyase, no la echen menos, y lo malicien; que yo le juro, que solo que me mate el marqués, conseguirá sus malos pensamientos. Con esta sencilla promesa se subió mi muger muy contenta, y tuvo la fortuna de que no la habian extrañado.

Llegó la hora de cenar, y entró Domingo á servir la mesa como siempre. El marqués procuraba que mi esposa se cargara el estómago de vino; pero ella, sin faltar á la urbanidad, se escusó lo mas que pudo.

Acabada la cena, mi rival por sobremesa apuró toda la elocuencia del amor para que mi esposa condescendiera con sus torpes deseos; pero ésta, acostumbrada á resistir tales asaltos, no hizo mas que reproducir los desengaños que mil veces le habia dado, aunque en vano, pues el marqués estaba ciego, y cada desengaño lo obstinaba.

Esta contienda duraria como una hora, tiempo bastante para que la criada se durmiera, y Domingo sin ser sentido se hubiera ocultado bajo la misma cama de su ama, la que viendo que su apasionado la llevaba larga, se levantó de la mesa diciéndole: señor marqués, yo estoy un poco indispueta, permítame vd. que me vaya á recoger que es bien tarde. Con esto se despidió y se fué á su recámara cuidadosa de si Domingo se habria olvidado de su encargo; pero luego que entró, el criado fiel le avisó donde estaba, diciéndole que estuviera sin miedo.

Sin embargo de esta compañía, mi esposa no quiso desnudarse ni apagar la vela, segun lo tenia de costumbre, recelosa de lo que podia suceder, como sucedió en efecto.

Serian las doce de la noche cuando el marqués abrió la puerta y fué entrando de puntillas, creyendo que mi esposa dormia, pero ésta luego que lo sintió, se levantó y se puso en pié.

Un poco se sobresaltó el caballero con tan inesperada prevencion; pero recobrado de la primera turbacion, le preguntó: señorita, ¿pues qué novedad es ésta que tiene á vd. en pié y vestida á tales horas de la noche? A lo que mi esposa con gran socarra le respondió: señor marqués: luego que advertí que vd. se quedaba en casa de esta santa señora, presumí que no dejaría de querer honrar este cuarto á deshora de la noche, á pe.

sar de que yo no me he grangeado tales favores, y por eso determiné no desnudarme ni dormirme, porque no era decente esperar de esa manera una visita semejante.

Parece que era regular que el marqués hubiera desistido de su intento, al verlo prevenido y reprochado tan á tiempo; mas estaba ciego, era marqués, estaba en su casa y segun á él le pareció no había ni testigos ni quien embarazara su vileza; y así, despues de probar por última vez los ruegos, las promesas y las caricias, viendo que todo era inútil, abrazó á mi muger, que se paseaba por la recámara, y dió con ella de espaldas en la cama; pero aun no había acabado ella de caer en el colchon, cuando ya el marqués estaba tendido en el suelo; porque Domingo luego que conoció el punto crítico en que era necesario, salió por debajo de la cama, y abrazando al marqués por las piernas, lo hizo medir el estrado de ella con las costillas.

Mi esposa me ha escrito, que á no haber sido el motivo tan sério, le hubiera costado trabajo el moderar la risa, pues no fué el paso para menos. Ella se sentó inmediatamente en el borde de su cama, y vió tendido á sus piés al enemigo de mi honor, que no osaba levantarse, ni hablar palabra; porque el jayan de Domingo estaba hincado sobre sus piernas, sujetándolo del pañuelo contra la tierra, y amenazando su vida con un puñal, y diciéndole á mi esposa, lleno de cólera: ¡lo mato, señora! ¡Lo mato? ¡Qué dice? Si mi amo estuviera aquí, ya lo hubiera hecho, conque ansina nada se puede perder por orrarle ese trabajo; antes cuando lo sepa, me lo agradecerá mucho.

Mi esposa no dió lugar á que acabara Domingo de hablar; sino que temerosa no fuera á suceder una desgracia, se echó sobre el brazo del puñal, y con ruegos y mandatos de ama, á costa de mil sustos y porfias, logró arrancárselo de la mano, y hacer que dejara al marqués en libertad.

Este pobre se levantó lleno de enojo, vergüenza y temor, que tanto le impuso la bárbara resolucion del mozo. Mi esposa no tuvo mas satisfaccion que darle sino mandar á Domingo

Lam. 10.

EL PERIQUILLO.

Tomo 2.



dijo: ¡qué marqués ni que talega! El es un pícaro y vd. una alcahueta, de quien ahora mismo iré á dar cuenta á un alcalde de córte.

No fué menester mas para que la vieja desistiera de su intento, y á los quince minutos ya mi esposa estaba en la calle con Domingo y los dos cargadores; pero cuando vencian una dificultad, hallaban otras de nuevo que vencer.

Se hallaba mi esposa fatigada en medio de la calle, con los cargadores ocupados y sin saber á donde irse, cuando el fiel Domingo se acordó de una nana Casilda que nos habia lavado la ropa cuando estábamos en el meson; y sin pensar en otra cosa, hizo dirigir allá á los cargadores.

En efecto llegaron, y descargados los muebles, le comunicó á la lavandera cuanto pasaba, añadiéndole que él dejaba á mi esposa á su cuidado, porque su vida corria riesgo en esta capital: que la señorita su ama tenia dinero: que de nada necesitaba, sino de quien la librara del marqués; y que su amo era muy honrado y muy hombre de bien, que no se olvidaria de pagar el favor que se hiciera por su esposa. La buena vieja ofreció hacer cuanto estuviera de su parte en nuestro obsequio; mi fiel consorte le dió cien pesos á Domingo para que se fuera á su tierra, y nos esperara en ella, con lo cual él, llenos los ojos de lágrimas, marchó para Jalapa, advertido de no darse por entendido con la madre de mi esposa.

Luego que el mozo se ausentó, la viejita fué en el momento á comunicar el asunto con un eclesiástico sabio y virtuoso á quien lavaba la ropa, y éste, despues de haber hablado con mi esposa, dispuso las cosas de tal manera, que á la noche durmió mi muger en un convento, desde donde me escribió toda la tragedia.

Dejemos á esta noble muger quieta y segura en el claustro, y veamos los lazos que el marqués me dispuso, mucho mas vengativo cuando no halló á mi esposa en la casa de la vieja, ni aun pudo presumir en donde se ocultaba de su vista.

Lo primero que hizo fué ponerme un propio avisándome estar enfermo, y que luego, leida la suya, enfardelara las existencias, y me pusiera en camino á la ligera para México; porque así convenia á sus intereses.

Yo inmediatamente obedecí las órdenes de mi amo, y traté de ponerme en camino; pero no sabia la red que me tenia prevenida.

Esta fué la siguiente. En una de las ventas donde yo debia parar tenia mi amo apostados dos ó tres bribones mal intencionados, (que todo se compra con el oro) los cuales, sin poder yo prevenirlo, se me dieron por amigos, diciéndome iban á cumplimentarme de parte del marqués.

Yo los creí sincerísimamente, porque el hombre mientras menos malicioso, es mas fácil de ser engañado, y así me comuniqué con ellos sin reserva. En la noche cenamos juntos y brindamos amigablemente, y ellos, no perdiendo tiempo para su intriga, embriagaron á mis mozos, y á buena hora mezclaron entre los tercios de ropa una considerable porcion de tabaco, y se acostaron á dormir.

A otro dia madrugamos todos para venirnos á la capital, á la que llegamos en el preciso dia á marchas forzadas. Pasaron mis cargas de la garita sin novedad y sin registro; bien es verdad, que no sé qué diligencia hicieron con los guardas, porque como no todos los guardas son íntegros, se compran muchos de ellos á bajo precio.

Yo no hice alto en esto, pensando que mis camaradas iban á platicar con ellos, porque tal vez serian conocidos: y así con esta confianza llegamos á México y á la misma casa del marqués.

Luego que me apié, mandó éste desaparecer las mulas y embodegar las cargas, haciéndome al mismo tiempo mil expresiones.

En vista de ellas, aunque ya tenia en el cuerpo las malas noticias de mi esposa, que habia recibido en el camino, no pu-

de escusarme de admitir sus obsequios, y aunque deseaba ir á verla al convento, me fué forzoso disimular y condescender con las instancias del marqués.

A pesar de la molestia y cansancio que me causó el camino, no pude dormir aquella noche, pensando en mi adorada Matilde, que este es el nombre de mi esposa; pero por fin, amaneció y me vestí, esperando que despertara el marqués para salir de casa.

No tardó mucho en despertar; pero me dijo que en la misma mañana queria que concluyéramos las cuentas, porque tenia un crédito pendiente y deseaba saber con qué contaba de pronto para cubrirlo.

Como yo, aunque lo veia con tedio, no presumia que trataba de aprovechar aquellos momentos para perderme, y á mas de esto, anhelaba tambien por entregarle su anqueta, y romper de una vez todas las conexiones que me habian acarreado su amistad, no me costó mucho trabajo darle gusto.

En efecto, comencé á manifestarle las cuentas, y á ese tiempo entraron en el gabinete dos ó tres amigos suyos, cuyas visitas suspendieron nuestra ocupacion, bien á mi pesar, que estaba demasiado violento por quitarme de la presencia de aquél pérfido; pero no fué dable, porque el pícaro pretestando urbanidad y cariño, sacó al comedor á sus amigos sin dejarme separar de ellos; ántes tratándome con demasiada familiaridad y expresion, y de esta suerte nos sentamos juntos á almorzar.

Aun no bien habíamos acabado, cuando entró un lacayo con un recado del cabo del resguardo que esperaba en el patio con cuatro soldados.

¡Soldados en mi casa? Preguntó el marqués fingiendo sorprenderse. Sí señor, respondió el lacayo: soldados y guardas de la aduana. ¡Válgate Dios! ¡Qué novedad será esta? Vamos á salir del cuidado.

Diciendo esto, bajamos todos al patio, donde estaban los guardas y soldados. Saludaron á mi amo cortesmente, y el

cabo ó superior de la comparsa le preguntó: ¿quién de nosotros era su dependiente que acababa de llegar de tierra adentro? El marqués contestó que yo, é inmediatamente me intimaron que me diese por preso, rodeándose de mí al mismo tiempo los soldados.

Considere vd. el sobresalto que me ocuparía al verme preso, y sin saber el motivo de mi prision; pero mucho mas sofocado quedé cuando preguntándolo el marqués, le dijeron que por contrabandista, y que en achaque de géneros suyos, habia pasado la noche antecedente una buena porcion de tabaco entre los tercios, que aun debian estar en su bodega: que la denuncia era muy derecha, pues no menos venia que por el mismo arriero que enfardeló el tabaco, por señas que los tercios mas cargados eran los de la marca T; y por último, que de órden del señor director prevenian al señor marqués contestase sobre el particular y entregase el comiso.

El marqués con la mas pérfida simulacion decia: si no puede ser eso; sobre que este sugeto es demasiado hombre de bien, y en esta confianza le fio mis intereses sin mas seguridad que su palabra, ¿cómo era posible que procediera con tanta bastardía que tratase de abochornarme y de perderse? ¡Vamos que no me cabe en el juicio!

Pues señor, decian los guardas, aquí está el escribano que dará fe de lo que se halle en los tercios: registrémoslos y saldremos de la duda.

Así será, dijo el marqués, y como lleno de cólera mandó pedir las llaves. Trajéronlas, abrieron la bodega, desliaron los tercios, y fueron encontrándolos casi rellenos de tabaco.

Entónces el marqués revistiendo su cara de indignacion, y echándome una mirada de rico enojado, me dijo: so bribon, trapacero, villano y mal agradecido: ¿éste es el pago que ha dado á mis favores? ¿Así se me corresponde la ciega é imprudente confianza que hice de él? ¿Así se recompensan mis servicios que en nada me los tenia merecidos? Y por fin, ¿así se

retorna aquella generosidad con que le dí mi dinero para que él solo se aprovechara de sus utilidades, sin que conmigo partiera ni un ochavo, cosa que tiene pocos ejemplares? ¿No le bastaba al muy pícaro robarme y defraudarme; sino que trató de comprometer á un hombre de mi honor y de mi clase? Muy bien está que él pague el fraude hecho contra la real hacienda, bogando en una galera ó arrastrando una cadena en un presidio por diez años; pero á mí ¿quién me limpiará de la nota en que me ha hecho incurrir, á lo menos entre los que no saben la verdad del caso? Y ¿quién restaurará mis intereses, pues es claro que cuanto tienen de tabaco los tercios, tanto les falta de géneros y existencias? Mi honor yo lo vindicaré y lo aquilataré hasta lo último; pero ¿cómo resarciré mis intereses?

Vamos, no calle, ni quiera hacerse ahora mosca muerta. Diga la verdad delante del escribano: ¿Yo lo mandé á comerciar en tabaco? ¿O tengo interes en este contrabando?

Yo que habia estado callado á semejante inicua reprension, aturdido, no por mi culpa, que ninguna tenia *, sino por la sorpresa que me causó aquel hallazgo, y por las injurias que escuchaba de la boca del marqués, no pude menos que romper el silencio á sus preguntas, y confesar que él no tenia la mas mínima parte en aquello, pero que ni yo tampoco; pues Dios sabia, que ni pensamiento habia tenido de emplear un real en tabaco. A esto se rieron todos, y despues de emplazar al marqués para que contestara, cargaron con los tercios para la aduana, y conmigo para esta prision, sin tener el ligero gusto de ver á mi querida esposa, causa inocente de todas mis desgracias.

Dos años hace que habito las mansiones del crimen reputa-

* No siempre la turbacion prueba delito. Esta es una prueba muy equívoca; ántes el hombre de bien se aturdirá mas presto que el pícaro procaz cuando se vea acusado de un delito que no ha cometido. El inmutarse, desfigurarse el semblante y balbucir las palabras, probará terror ó vergüenza; pero no siempre la realidad del delito.

do por uno de tantos delincuentes: dos años hace que sin recurso lidio con las perfidias del marqués empeñado en sepultarme en un presidio, que hasta allá no ha parado su vengativa pasion; porque despues que con infinito trabajo he probado con las declaraciones de los arrieros que no tuve ninguna noticia del tabaco, él me ha tirado á perder demandándome el resto que dice falta á su principal: dos años hace que mi esposa sufre una horrorosa prision, y dos años hace que yo tolero con resignacion su ausencia y los muchos trabajos que no digo; pero Dios que nunca falta al inocente que de veras confia en su alta Providencia, ha querido darse por satisfecho, y enviarme los consuelos á buen tiempo; pues cuando ya los jueces engañados con la malicia de mi poderoso enemigo y con los enredos del venal escribano de la causa, que lo tenia comprado con doblones, trataban de confinarme á un presidio asaltó al marqués la enfermedad de la muerte, en cuya hora, convencido de su iniquidad, y temiendo el terrible salto que iba á dar al otro mundo, entregó á su confesor una carta escrita y firmada de su puño, en la que despues de pedirme un sincero perdon, confiesa mi buena conducta, y que todo cuanto se me habia imputado habia sido calumnia y efecto de una desordenada y vengativa pasion.

De esta carta tengo copia, y se les ha dado á los jueces privadamente, para que no páre en perjuicio del honor del marqués, de manera que de un dia á otro espero mi libertad y el resarcimiento de mis intereses perdidos.

Esta, amigo, es mi trágica aventura. Se la he contado á vd. para que no se desconsuele, sino que aprenda á resignarse en los trabajos, seguro de que si está inocente, Dios volverá por su causa.

Aquí llegaba D. Antonio, cuando fue preciso separarnos para rezar el rosario y recogernos. Sin embargo, despues de cenar y cuando estuvimos mas solos le dije lo siguiente.

CAPITULO VIII.

Sale D. Antonio de la cárcel: entrégase Periquillo á la amistad de los tunos sus compañeros, y lance que le pasó con el Aguilucho.

UANDO estuvimos acostados le dije á D. Antonio: ciertamente, querido amigo, que en este instante he tenido un gusto y un pesar. El gusto ha sido saber que su honor de vd. quedó ileso, tanto de parte de su fidelísima consorte, cuanto de parte del marqués, en virtud de la tan pública y solemne retractacion que ha hecho, segun la cual, vd. será restituido brevemente á su libertad, y disfrutará la amable compañía de una esposa tan fiel y digna de ser amada; y el pesar ha sido por advertir el poco tiempo que gozaré la amigable compañía de un hombre generoso, benéfico y desinteresado.

Reserve vd. esos elogios, me dijo D. Antonio, para quien los sepa merecer. Yo no he hecho con vd. mas que lo que quisiera hicieran conmigo, si me hallara en su situacion; y así, solo he cumplido en esta parte con las obligaciones que me imponen la religion y la naturaleza; y ya ve vd. que el que hace lo que debe, no es acreedor ni á elogios ni á reconocimiento.

¡O señor! le dije, si todos hicieran lo que deben, el mundo seria feliz; pero hay pocos que cumplan con sus deberes, y esta escasez de justos hace demasiado apreciables á los que lo son, y vd. no lo dejará de ser para mí en cuanto me dure la vida. Apetecería que mi suerte fuera otra, para que mi gratitud no se quedara en palabras, pues si segun vd. el que hace lo que debe no merece elogios, el que se manifiesta agradecido á un favor que recibe, hace lo que debe justamente; porque ¡quién será aquel indigno que recibiendo un favor, como yo, no lo confiese, publique y agradezca, á pesar de la modestia de su benefactor? Mi padre, señor, era muy honrado y dado á los